
Tres aristas para la emancipación de la periferia mundial

ALEJANDRO LANDAETA

Tenemos dos hechos fundamentales entre 1980 y el 2000, que han marcado la evolución del sistema sociopolítico mundial: la instauración del liberalismo y el desmantelamiento de la Unión Soviética. Ambos hechos no están desvinculados, vistos a partir de la perspectiva de la dinámica del capitalismo mundial desde la aparición del sistema monopolista y todas sus tensiones. Los vasos comunicantes son fuertes: desfeudalización; desarrollo desigual; lucha internacional de clases; desequilibrio interimperialista; entre otros. Son los factores que en su medida intervinieron en el desenlace de las dos guerras mundiales.

La formación de la Unión Soviética tuvo mucho que ver con la necesidad común a otros países europeos de acceder a una industrialización acelerada, cosa que favoreció la aparición del fascismo a partir de las experiencias previas de la República de Weimar en Alemania y el *Risorgimento* en Italia. La lucha de clases interviene en forma endógena y crea las condiciones particulares: revolución socialista en Rusia y fascismo en Alemania e Italia. La modificación de las tensiones con los resultados de ambas guerras, más la situación creada con la guerra fría, llevaron al sistema económico de los países industrializados a una creciente “nivelación”, y a la economía planetaria a un “consenso” en los términos de intercambio. En otras palabras: a una aparente paz mundial creciente bajo la ideología del “mundo libre”.

La tendencia aparente es a la estabilización de acuerdo con la conformación de un capitalismo funcional, superando paulatinamente las

contradicciones intestinas que a la luz de la ideología liberal pertenecen al mundo de la externidad del sistema, efectos indeseables de hechos ajenos o simple epifenómeno. Me parece obvio que todo esto está lejos de la realidad. Desde principios de siglo, efectivamente, se puso en marcha un proceso de nivelación y de homologación, con resultados parciales, complementarios, específicos, pero por sobre todo contradictorios. Las potencias europeas propiciaron una industrialización acelerada desde aproximadamente 1880 y consiguieron nivelarse sin resolver las crecientes contradicciones interimperialistas, provocando la conflagración. Hoy en día constituyen un bloque a la par de Estados Unidos y Japón, pero arrastrando todas las consecuencias de la postguerra, positivas y negativas.

La Unión Soviética no consiguió la paridad a efecto de la confrontación ideológica y geopolítica, amén de los enormes e improductivos gastos militares de la guerra fría. Sucumbió porque no sobrepasó el umbral o no pudo hacer irreversible el proceso de industrialización de acuerdo a los parámetros de la acumulación desenfrenada del capitalismo monopolista, provocando el colapso que, pienso, es regresivo, pero al mismo tiempo homologante, no por nivelación sino por absorción. En última instancia, la Unión Soviética viajó sesenta y ocho años para llegar hasta un punto de preparación capaz de subsumirla dentro del sistema mundial en la forma menos dramática posible y que no pusiera en peligro el equilibrio armamentista. O sea, prácticamente el proceso soviético gravitó sobre lo que al principio quería Kerenski, la desfeudalización, para integrarse al negocio capitalista. Es parecido al proceso del Imperio Otomano que preparó a Turquía para ser lo que es hoy, una periferia a medio camino entre industrialización dependiente y economía subcapitalista. Por supuesto, hoy Turquía no tiene ninguna importancia geopolítica más allá de su involucramiento con las tensiones del Medio Oriente. Hoy en día Rusia no tiene más importancia que el peso cuantitativo que ejerce en Eurasia y por poseer armamento nuclear que es preciso vigilar y cuidar. Sin embargo, pesa y pesará el legado axiológico de la revolución, que estará siempre como un hito histórico, modelo para los procesos de hoy y del futuro de los pueblos oprimidos.

Los dos hechos se encuentran finalmente: la perturbadora Unión Soviética se acaba para integrar a Rusia al mercado; y el liberalismo se insta para expandir el mercado a todos. El primero resuelve la peligrosa confrontación bipolar, y el otro consolida el objetivo liberal. A decir verdad, el colapso soviético y la globalización han puesto una avenida al capitalismo monopolista para transitar a sus anchas, sin

restricciones institucionales ni prejuicios ideológicos nacionalistas, y lo han vuelto agresivo, arrogante y autosuficiente. Pero, como tantas veces dijo nuestro recordado Cantinflas, ahí está el detalle. La homologación es profundamente desigual y desequilibrada, es fundamentalmente homologación sistémica y no del desarrollo. La expansión imperialista unilateral de Estados Unidos y la adopción de todos los recursos para establecer una división internacional funcional, tanto del capital como del trabajo, está acrecentando las contradicciones entre el centro y la periferia del sistema que, en vez de lograr la anhelada complementariedad colonialista, está atizando la frustración de las clases subalternas en todo el llamado “Tercer Mundo”, especialmente en América Latina. La imposición de estos recursos busca a como dé lugar mantener el carácter dependiente de la periferia, bien como proveedora tradicional de energía y materias primas, bien como maquiladora o enclave de las corporaciones. El diabólico circuito financiero del capital arrolla a nuestros pequeños países en la vorágine de la reproducción ampliada de los centros industriales.

La expansión capitalista en la periferia y el crecimiento económico quedan a merced de las necesidades de acumulación de los centros. Ni la formación capitalista ni el crecimiento implican acumulación de la economía industrial periférica, sino un eslabón intermedio del proceso de reproducción ampliada del circuito, coronado por las corporaciones mundiales, especialmente las norteamericanas. Ello explica parcialmente por qué en los países periféricos el crecimiento económico no equivale a nivelación del ingreso de las familias y mejoramiento de la calidad de vida. Si no se observa la expansión global como un proceso de relanzamiento del capital monopolista, es difícil lograr un enfoque satisfactorio de las notables contradicciones internas de nuestros países. Al privar los intereses del gran capital, el PIB viene a reflejar los efectos de la mecánica de la acumulación en su eslabón centro-periferia. En modo alguno el crecimiento positivo evidencia esfuerzo por superar la dependencia ni cambios estructurales en los términos de intercambio ni expansión de los mercados internos de la periferia. Los ciclos expansivos de la producción pueden coexistir perfectamente con procesos regresivos de la riqueza social, hecho que se puede comprobar empíricamente en muchos casos del Tercer Mundo. Entre 1980 y 1997 el PIB per cápita de América Latina creció 72,8%. De acuerdo a cifras que considero conservadoras,¹ la pobreza en América Latina se encontraba en 25,3% en 1980, y alcanzó 25,8% en 1990. En ese mismo período se duplicó en México.

El crecimiento económico de las naciones dependientes no solo puede coexistir “indefinidamente” (en teoría) con una distribución

desigual de la riqueza, sino que guarda coherencia con los modelos de la dependencia, de manera que, al contrario de lo que han sugerido los representantes del FMI, el auge de crecimiento de los primeros, respecto de los últimos, no demuestra en sí mismo una disminución de la brecha centro-periferia.² La conclusión del FMI proviene de un enfoque simplón cuantitativo que no toma en cuenta las variables estructurales, que por lo demás son las importantes y difíciles de obtener,³ en consecuencia fáciles de omitir. Antes, más bien, pone en evidencia los efectos del proceso de enclave a través de la maquila y de las inversiones expoliadoras.

¿Cuáles son las bases del crecimiento actual de las economías de la periferia? Pueden compilarse las siguientes:

1. Inversiones capital-intensivas de las corporaciones para la complementación del proceso de producción en vertical (maquila).
2. Inversiones capital-intensivas de las corporaciones para satisfacer el consumo de los sectores medios de la periferia.
3. Producción primaria industrial para el mercado mundial.
4. Producción extractiva y en general correspondiente al sector primario.

Fuera de estas fuentes, que considero las más importantes, tenemos también ingresos por turismo, inversiones trabajo-intensivas altamente explotadoras, fomento de pequeñas y medianas empresas subcapitalistas, fomento de la economía familiar, inversiones del sector financiero, etc. Pero como puede verse, ninguna de estas fuentes constituye un medio para la autonomización real de nuestras economías. La transferencia tecnológica no implica adaptación, ni se está generando la producción de medios de producción, es decir, no se está generando acumulación interna. Los intentos en ese sentido son exigüos, por lo general han sido frustrados por los poderosos intereses del capital financiero y las corporaciones en coalición con las oligarquías dependientes. Hasta los años ochenta, la sustitución de importaciones y el fomento estatal contribuyeron al crecimiento; factores hoy en día menguados.

La liberalización profundiza el cuadro al desproteger los escasos sectores realmente endógenos y desmantela las potencialidades de diversificación, obligando a replegarse en la intensificación de los rubros que exige la demanda de los industrializados con todos los riesgos y secuelas que conlleva. La estrechez del aparato productivo crea el

enorme ejército de reserva de la periferia, los excluidos, que constituye un proletariado altamente rotativo y casi absolutamente desprotegido, no sindicalizado y apartado de las bondades más elementales de la sociedad. Necesariamente, los altibajos de la economía mundial tienen que crear la fricción capaz de hacer la ignición de los oprimidos, provocando en forma creciente tanto la movilización espontánea como la adquisición de conciencia de clase y disposición nacionalista. Los desposeídos de América Latina nos están sorprendiendo por su capacidad para percibir con la mera intuición las razones de fondo de su miseria. La tensión objetiva de la lucha de clases ha sobrepasado la intención subjetiva del liderazgo revolucionario, al punto que podemos decir que, en general, los movimientos superan a sus líderes. Es el caso de Ecuador, y posiblemente sea el de Brasil, donde el MST lleva la pauta del proceso revolucionario a causa de las debilidades del PT frente al FMI.

Las contradicciones centro-periferia eclosionan en forma continuada, destacando no solo el conflicto petrolero en Medio Oriente, sino hechos como la reforma agraria en Zimbabwe; las tensiones provocadas en los centros mineros de África; la lucha de clases en Perú, Argentina, Venezuela; las tensiones de clase en el sudeste asiático (Korea); la postura frente al ALCA y la OMC. A la periferia tradicional se agregan Rusia y las repúblicas otrora soviéticas. Su incorporación tardía ha causado un verdadero desastre en la economía rusa y una rápida “tercermundización”. Entre 1994 y 1997 la economía rusa sufrió un verdadero colapso, y registró en el primer año una contracción de 13,5% del PIB.⁴ El consumo de energía primaria del viejo bloque soviético cayó 16,6% entre 1980 y 2000, mostrando lo que bien podría denominarse “descalabro económico”. En ese mismo lapso, el consumo de petróleo cayó 55,4% y la producción se redujo en 32,4%, según la EIA (Estados Unidos). No tengo cifras de pobreza, pero deben ser ya alarmantes. La caída del Muro y la liberalización finalmente han ensanchado la periferia mundial, y la han dejado al arbitrio de las oligarquías coaligadas en torno a Estados Unidos.

Frente a una realidad semejante, los retos de la periferia son inmensurables. Pero he de resumir tres aristas que considero esenciales para apuntalar el necesario proceso de emancipación de nuestros pueblos:

1. Acometer las transformaciones estructurales internas.
2. Viabilizar el desarrollo a partir de una estrategia de equilibrio con el ecosistema.
3. Enfrentar la oposición imperialista de los centros metropolitanos.

Estas tres aristas parecen demasiado para naciones dependientes, pobres y en general dominadas por Estados mafiosos. Pero creo que ya es cuestión de vida o muerte, hecho que además atañe a toda la humanidad. La periferia alberga la mayor proporción de la población mundial, los mayores yacimientos energéticos y minerales, la mayor extensión de área continental, la mayor diversidad biológica, todas las pluviselvas y ecosistemas tropicales, y los problemas socioeconómicos más agudos. Tal concentración de aspectos nodales le confieren a quienes vivimos en la periferia una de las responsabilidades más graves de toda la historia de la humanidad.

Acometer las transformaciones estructurales internas

La disyuntiva de la periferia es proseguir bajo la irresponsable orientación de la geopolítica imperialista o emprender el camino de la auto-transformación. La decisión es crucial, pues de ella depende la potencialidad de replantear totalmente su actitud e identidad. Esta potencialidad descansa en los pueblos, nunca en las oligarquías y elites que en la actualidad gobiernan la gran mayoría de las naciones periféricas. De allí se sigue la posibilidad de concebir un marco teórico y práctico que empiece con algunos principios fundamentales, como la autodeterminación y la democracia. El marco teórico ha de hacerse nuevamente desde una perspectiva de la lucha de clases, con la singularidad y especificidad de cada país y dentro de las distintas características e intensidades del vínculo con las potencias dominantes. El marco teórico-práctico debe buscar soluciones éticas a problemas como la etnicidad, las contradicciones antagónicas y no antagónicas dentro de los Estados nacionales y entre ellos, la diversidad cultural, el desarrollo desigual, la religión y así multitud de problemas, caracteres y especificidades que constituyen el mundo de la periferia mundial.

A diferencia del marco marxista-leninista y del internacionalismo que privó hasta la Segunda Guerra Mundial (Tercera Internacional), el marco teórico-práctico que se requiere es ante todo un mínimo común denominador basado en la percepción científica de la realidad, y junto a él un “espacio compartido” para el debate ideológico, político, ético y programático, una nueva liga internacional sustentada en la búsqueda constante antes que en el dogma. Asumiendo la convicción de que el mejor enfoque a la mano sobre la realidad social sigue siendo el análisis marxista, creo necesario recomponer los hilos rotos de su cuerpo teórico, reconstruir los elementos aportadores derivados de la experiencia

histórica y contrastarlos con nuevos aportes teóricos y empíricos en el campo de la ciencia social y la praxis política. En alguna medida el desplome soviético y la crisis del pensamiento revolucionario (décadas del 80 y 90), ha entrado en combinación con numerosos hechos objetivos que arrojan luz sobre algunos posibles lineamientos básicos para una praxis revolucionaria de la periferia, alimentados por experiencias hasta ahora inconexas, ideas dispersas y multitud de esfuerzos por reencauzar la axiología revolucionaria en todo el planeta. Uno de esos lineamientos, que ha cobrado fuerza, es la noción y praxis de la democracia participativa.

Canalizar la necesidad de unificación de criterios se hace indispensable no solo por la compleja realidad objetiva de nuestras sociedades, sino por la creciente polarización que la política imperialista de Estados Unidos alimenta; polarización que se ha agudizado con la globalización,⁵ el pensamiento único, las crecientes desigualdades y el militarismo. Es además indispensable para lograr el piso mínimo capaz de sustentar las acciones políticas y programáticas de los potenciales gobiernos nacionalistas y/o revolucionarios, así como de sus movimientos, de la clase obrera y clases subalternas. El piso mínimo es el que permitirá unificar políticas sobre problemáticas concretas, como la deuda externa, la integración comercial y económica, vías de industrialización endógenas, reforma agraria, etc. Finalmente, será el fundamento para la materialización de bloques de presión con políticas bien definidas, tanto geoestratégicas (alianzas coyunturales y permanentes, bloques, uniones aduaneras, uniones políticas) como institucionales (OPEP, No Alineados, otros).

El fundamento teórico-práctico actúa por partida doble: es la guía para promover las transformaciones estructurales y es el escudo de defensa en la estrategia de la lucha internacional de clases. No obstante, no basta por sí mismo si no está respaldado por una blindada confianza en el inminente proceso de cambios. Aquí entran en juego aspectos que pertenecen al marco teórico, como el papel del movimiento, la concepción de la vanguardia, el liderazgo natural, las alianzas sociales y todo lo relacionado con las implicaciones de la lucha de clases. No profundizar en todos estos aspectos, y en todos los aspectos necesarios que haya que tratar según la necesidad, es apostar al fracaso y la aventura. Fracaso, en este caso, significa postergar peligrosamente la situación interna en lo social, imposibilitando un liderazgo revolucionario capaz de impedir la guerra civil o un estado de entropía social viciosa, generando frustración, espontaneidad, violencia sin causa y, por supuesto, más exclusión y más dominación.

El alcance de la transformación endógena es pasmoso: lograr la autonomización aunque sea de una fracción importante de la periferia significa una recomposición drástica del actual orden mundial. En buena medida, se habla de la posibilidad cierta de ponerle una cuña al carro sin frenos del capitalismo monopolista. Si el imperialismo no está conciente de este peligro, hay que convenir en su decadencia definitiva. No creo que sea así, apreciación que está respaldada por su creciente preocupación por imponer la paz americana a través de la militarización y la deslegitimación de las instancias internacionales. La transformación estructural conlleva a la posibilidad de extender un proyecto de colectivización de acuerdo a las condiciones de la actual circunstancia histórica, pero al mismo tiempo exige la negociación de la viabilidad política de la autonomización según nuevos términos de interacción con los centros industriales. Se requiere ahora de una diplomacia de la revolución que minimice o neutralice la reacción de la metrópolis, dotando de factibilidad histórica al proyecto de autonomización y readecuación de las relaciones internacionales. Esto pasa no solo por resolver las contradicciones internas, sino aquellas que pertenecen al vínculo centro-periferia, ambas a su vez interdependientes, pues la recomposición significa la supresión de los lazos de dependencia. La superación de estas contradicciones (actuales) deriva en nuevas contradicciones que son *críticas*, pues consiste en romper la estructura de complementación, división del capital y del trabajo, áreas de oferta y demanda, todo lo que priva actualmente. Las contradicciones críticas son *solventes*, es decir, las que o bien conducen a la viabilidad definitiva de la transformación endógena, o bien las que al impactar con los intereses del gran capital terminan por hacer colapsar la viabilidad, haciendo fracasar el proyecto de autonomización.

Esto no es todo. Pasa además por resolver los momentos críticos de la lucha de clases a lo interno, superar el efecto de la inercia social que crea condiciones para la reacción, y proceder a la reforma institucional. Esta es la experiencia que atraviesa en la actualidad Venezuela y probablemente tendrá que vérselas Brasil. La transformación estructural implica un vuelco en la filosofía y el humanismo con relación a los pueblos “atrasados”, el descolonización cultural e idiosincrático de las masas y de las vanguardias, y asumir que lo que hay que hacer es titánico, pero que cabe dentro de lo posible. No puede quedarse a medio camino, situación que haría fracasar más tarde o más temprano el proceso, sino que es necesario pensar “en grande” para llevarla hasta sus últimas consecuencias. La viabilidad del proyecto pasa por considerar las condiciones internas que favorecen la autonomización y la

complementación *dentro* de la periferia, las posibilidades de desarrollo sectorial acelerado mediante la dirección estatal y la colectivización democrática de las decisiones y de la propiedad, las políticas de adaptación de tecnologías e inversiones, etc. En otros términos, se trata del vuelco en las relaciones del Estado con la sociedad civil, en la acción transformadora a través de la determinación democrática de esta última por conducir mediante la participación todas las decisiones fundamentales que conlleven a buen puerto la autonomización. Es perentoria la comprensión de la dialéctica del desarrollo desigual y combinado, los problemas y riesgos de hipertrofia y las medidas para equilibrar los componentes de la estructura de la sociedad, así como la posibilidad teórica cierta de promover un despegue de enormes proporciones, tanto de las fuerzas productivas como de la energía social constructiva.

Viabilizar el desarrollo bajo una estrategia de equilibrio con el ecosistema

Esto no es solo una necesidad de principio, vinculado además con una gran preocupación de una vasta comunidad de personalidades, instituciones y grupos de los países industrializados, sino una *conditio sine qua non* de la factibilidad del proyecto de autonomización en todos sus sentidos. La importancia de esta arista es clave, pues la contradicción entre civilización y ecosistema natural la acarrea el estadio capitalista en sus derivaciones contemporáneas. Creo que se puede poner fácilmente en evidencia la enorme incompatibilidad entre los intereses del capitalismo monopolista y la preservación de la biodiversidad, especialmente en la periferia. Es necesario elevar el debate y llevarlo a todas las audiencias respecto de las maniobras ideológicas que pretenden achacarle a los pueblos de la periferia la culpa por la destrucción de hábitats, sobre la vista gorda en relación a las complejas interconexiones entre la dominación del capital monopolista y el desplazamiento de enormes contingentes sociales en las zonas rurales y silvestres que contribuyen a la devastación de ecosistemas, así como las graves consecuencias de las guerras civiles incitadas por el imperialismo (recordar la devastación de Vietnam).

La perspectiva de compatibilizar mercado y ecología es tan falaz como la idea de armonizar mercado y desarrollo humano. La atención que el proyecto de transformación endógena debe prestar al equilibrio con la naturaleza está en correspondencia con la contención de los intereses del gran capital, no hay confrontación entre ambos

aspectos. Son, por el contrario, complementarios, pues la defensa de la biodiversidad dentro de un proyecto nacional choca con la voracidad de la acumulación capitalista, la niega en esencia, hecho del cual los Estados Unidos están tan concientes que se ha negado sistemáticamente a suscribir incluso acuerdos preliminares sobre biodiversidad y control de emisiones de dióxido de carbono (Protocolo de Kioto). La única forma de evitar el desastre ecológico en la biota natural que todavía queda en el planeta es a través de un tratamiento estrictamente planificado, participativo, orientado con lineamientos estratégicos bien definidos, propuestas científicas y en comunión con las distintas comunidades de científicos y conservacionistas del mundo. Desde luego, nada más lejos de la “mano omnisciente” del mercado, para la cual los recursos del planeta parecen ilimitados. Pero esto es solo un lado de la solución. Es imposible si al mismo tiempo no está acompañada de la transformación estructural que apunte a la optimización del uso de los recursos naturales, a la democratización de su acceso en forma racional, a la planificación demográfica y la superación de la pobreza.

El *desarrollo sostenible* es un concepto aparentemente neutro, pero no ha estado al margen de una interpretación liberal de las economías de la periferia. Es necesario aprehender que para la ideología liberal las economías de la periferia no son vinculantes al aparato mundial, solo son oferentes de bienes o servicios según el patrón de “demanda” de las demás naciones, lo que debe respetarse para no transgredir la espontaneidad de las fuerzas del mercado. Nociones como dependencia, opresión, explotación, o cualquier otra categoría de la teoría de la dependencia son, para el liberalismo, hueras. En consecuencia, la implementación de las políticas liberales desbarata los esfuerzos del desarrollo sostenible orientados desde los multilaterales, no consigue compatibilizar. Al ponerle tal apellido a la noción de desarrollo se condena la esencia liberal, pues la simple idea de sostenibilidad es consustancial a la noción de racionalización, así pues, sostenibilidad está aparejada con planificación. Caso contrario, diríamos simplemente “desarrollo”, pues se daría por descontado lo de “sostenible”, porque eso pertenece a la mano omnisciente, es un atributo de Dios. Que sea o no sostenible deja de depender del hombre, aunque un liberal puede encontrar razones morales para poner límites, de la misma forma como lo hacen, por ejemplo, con el comercio ilegal de drogas.

Se recomienda cuidado al asumir la filosofía del desarrollo, incluso el concepto de desarrollo, por cuanto en los hechos la dinámica económica de los países dependientes obedece a los mismos patrones de

consumo y parámetros culturales de la producción que los industrializados. La idea de sostenibilidad puede ir junta a la de conservación de un orden no ecuánime, de manera que implícitamente la política liberal contiene un propósito *in pectore* que deja por sentada la armonización del despliegue capitalista a discreción con la sostenibilidad de los recursos naturales y los ecosistemas. En otras palabras, nos vende la idea del maridaje triangular entre la teoría económica del mercado, la parafernalia ideológica del capitalismo puro, y la viabilidad de la explotación racional de los recursos naturales. Si la perspectiva del desarrollo busca aparejarnos al despilfarro de las grandes metrópolis industriales, sencillamente cualquier elaboración sobre el desarrollo sostenible no deja de ser un mero ejercicio académico, por demás cínico. Pero desde la dinámica del capitalismo monopolista, el camino de la sostenibilidad no va en esta dirección, sino en la de “aguantar” el desarrollo de la periferia para salvaguardar el despilfarro de los grandes: el objetivo soterrado consiste en implementar medidas de contención al desbordamiento de la pobreza según el diseño de una macropolítica a la suerte de un “corral” donde se confina a las masas mediante el fomento de una *economía dirigida de la supervivencia*, una *economía para los excluidos*. Con esto el sistema de dominación mundial intenta mantener alejadas a las masas empobrecidas del efecto demostración de la sociedad de consumo, de tal forma que no genere en ellas la neurosis de la frustración, que no deja de ser políticamente peligrosa. Al mismo tiempo, procura minimizar su impacto directo sobre los ecosistemas. Este tipo de política se observa sobre todo en las zonas superpobladas, como la India, o en áreas muy pobres con elevada conflictividad, como las naciones de África occidental.

Mediante este esquema, la oligarquía mundial corre la arruga. Mantiene el inmenso ejército de reserva de la periferia, bajos salarios de explotación para la extracción de energéticos, minerales y materias primas, adormece grandes contingentes urbanos y rurales en la pobreza irresoluta, le vende a las clases medias de estos países la fantasía de equiparación en los niveles de consumo, llenando los anaqueles con los contaminantes productos que elabora el circuito industrial, e intenta con muy poca eficacia la protección de áreas naturales. Sin embargo, tal esquema dista de alguna coherencia, no solo por la imposibilidad humana de controlar tantas variables de la periferia mundial, sino por las propias colisiones y contradicciones que la macropolítica conlleva. Al no enfrentar la voracidad de las corporaciones, que deriva de las necesidades de consumo de las metrópolis, las áreas naturales siguen siendo devastadas por la minería, los madereros, los terratenientes.

Siguen siendo afectadas por la contaminación, la degradación atmosférica, hídrica, y de los suelos. A la par, los intereses energéticos y militaristas bloquean salidas plausibles en el seno de las naciones industriales, pues mientras dominan las fuentes de energía fósil barata, al capitalismo monopolista realmente no le interesa el desarrollo serio de fuentes alternas a escalas masivas. Las fuentes alternas se las dejan a los hindúes para que vivan al menos como anacoretas dignos, mientras el norte prosigue la depredación. Lo que finalmente pretende sostener la ideología ecológica del mercado es la continuidad del proceso de acumulación con el ritmo de consumo de los industrializados, al tiempo de contener el impacto de la pobreza sobre el medio ambiente.

Para la zona periférica, la viabilidad ecológica del desarrollo equivale a la emancipación. El proyecto de autonomización encierra la arista de los recursos naturales bajo la perspectiva del desarrollo endógeno, no para promover una pobreza digna, sino para satisfacer las necesidades sociales reales con un acuerdo de equilibrio con los ecosistemas y el medio ambiente. Traigo nuevamente la noción de la colectivización como el medio racional para ir ensamblando la viabilidad de equilibrio, pues consiste en la salida para la optimización de los recursos energéticos, la explotación adecuada de los suelos agrícolas (uso de la tierra), y una administración no depredatoria de los recursos mineros y forestales. Igualmente, la solución colectiva, a través de la emancipación de la sociedad civil como agente de control del Estado, puede racionalizar los espacios urbanos para refrenar la colisión con los ecosistemas vecinos, así como reorientar las fuentes de agua dulce y la administración de las cuencas hidrográficas. Soluciones colectivas han evolucionado en muchas partes de Europa (por ejemplo en materia de transportes), pero en nuestro caso se requiere con urgencia políticas de efectos masivos y de plazos mediatos para revertir la tendencia entrópica de nuestras sociedades y del negativo impacto ecológico que conlleva.

Enfrentar la oposición imperialista de los centros metropolitanos

El proceso de emancipación de los países dependientes forma el epicentro de la contradicción más importante del sistema capitalista mundial. La lucha de clases dentro de los países dependientes no es más que una expresión particularizada de la lucha internacional de clases. La trinchera defensiva del sistema, desde finalizada la Segunda Guerra Mundial, es Estados Unidos. Pero no hay que perder de vista que esta

potencia forma, con Europa y Japón, una entidad interdependiente con intereses complementarios. Las contradicciones interimperialistas, gracias a la guerra fría, se administraron en una suerte de simbiosis: Estados Unidos exigió el control político-militar y la dominación de la esfera económica, pero Europa y Japón obtuvieron a cambio protección y condiciones monetarias y financieras favorables para la reconstrucción y el relanzamiento industrial. Hoy esas contradicciones afloran dentro de un escenario de unipolaridad, pero ni Europa ni Japón, que no cuentan hoy con el poderío bélico necesario para equilibrar esferas de presión, van a exacerbarlas hasta un punto de fricción que genere costos superiores a los posibles beneficios de una autonomía defendida a ultranza. Esto se vio claramente con el episodio de la guerra de Iraq. De hecho, se había observado durante la crisis de 1973. Al respecto dice Jean-Pierre Vigier, prologista del libro *Petróleo, Tercera Guerra Mundial*, de Pierre Pean (1974), lo siguiente “los norteamericanos quieren aprovechar la crisis para asentar su hegemonía sobre Europa y el Japón y surgir así como la potencia más poderosa que el mundo haya conocido jamás”. Se observó agudamente que Europa trasladaría el costo de la sumisión a su clase obrera y la obligaría a intensificar la acumulación generando mayores tensiones que en Estados Unidos.

Estas contradicciones subyacen a la delicada relación centro-periferia, pues ni Europa ni Japón harán prelar sus disgustos poniendo en riesgo el precario equilibrio geopolítico con las zonas proveedoras. De hecho, es de suponer que estos centros están más preocupados con la actitud provocativa y escasamente racional de Estados Unidos que en sus desventajas respecto de la hegemonía norteamericana. El costo de la desestabilización lo reciben ellos primero, como de hecho ha sucedido cada vez que los precios del petróleo suben a consecuencia de la conflictividad del Medio Oriente. En ello reside, a fin de cuentas, la contradicción de peso, es decir, antes que comercial o colonialista (causas de la primera y segunda guerras), obedece a la fricción centro-periferia, o Norte-Sur. Las tensiones interimperialistas no van a conducir a una crisis del sistema capitalista capaz de provocar una transformación mundial con epicentro en la zona industrializada. Al menos esto no parece inminente ni probable. La responsabilidad por transitar hacia el cambio radical del orden planetario está en las masas y vanguardias de la periferia. Durante la guerra fría este proceso avanzó considerablemente con la acción anticolonialista en África, Asia, la Revolución cubana y los esfuerzos revolucionarios de América Latina. La contextualización polarizada y la crisis de finales de los años 70 hicieron entrar en “hibernación” a las fuerzas emancipatorias, pero ahora la propia

dinámica del imperialismo vuelve a atizar las brasas, esta vez con un salto cualitativo en la concepción de la emancipación que puede ser determinante, definitivo.

La evolución rápida hacia la elaboración de herramientas teóricas y prácticas, hacia una teoría y acción sobre el estadio del imperialismo liberalizante, cierra el período de neutralización del pensamiento revolucionario de los años 80 y los años 90, y despeja el camino para combinar de nuevo condiciones objetivas y subjetivas aferrado a poderosas armas de legitimidad política. Al sustentar la emancipación en la praxis de la democracia las nuevas vanguardias revolucionarias, finalmente buscan la combinación entre ecuanimidad económica y política, procuran la solución a la contradicción entre Estado y sociedad civil, entre masas y vanguardias, pueblo y liderazgo. La concepción teórica de la revolución, al encauzar la emancipación democrática en el marco de la lucha de clases, no solo tiene poderosos argumentos para legitimar los procesos políticos transformadores, sino que desarma argumentalmente al imperialismo. Estados Unidos tendría que reelaborar su estrategia para plantear la reacción, pues el militarismo encuentra así un límite posible. La invasión de Iraq se facilitó por tratarse de un régimen que fue títere de Estados Unidos, luego renegado, pero con muy pocas bases de legitimidad. A pesar de los esfuerzos de la ONU (motivados además por la preocupación europea), Estados Unidos actúa asumiendo la vía directa de control militar, en la lógica de que el despliegue militarista ha de escarmentar a todos los “rincones oscuros”. La experiencia de la lucha de clases venezolana es elocuente, pues el fracaso del golpe de Estado de abril hizo replegar la ofensiva de la Casa Blanca, carente de excusas para la intervención.

Desde luego, esto no basta. Si el imperialismo percibe un peligro insoslayable es capaz de ignorar por entero cualquier frontera ética y pisotear formalismos diplomáticos. De allí que, conforme las vanguardias y clases emancipadas avanzan democráticamente sobre el terreno de la lucha de clases, precisamos de estrategias de defensa y contención de la oposición imperialista, sin desprestigiar la defensa militar. La diplomacia ha de conjugar lo que se me ocurre llamar *equilibrio mínimo en transición*, con mecanismos de contención histórico-concretos. La transformación endógena entra en contradicción con intereses específicos del imperialismo, y en la medida que se avance estas contradicciones tenderán a la agudización. La transición debe conducir a un punto crítico de no retorno, un punto en que los costos de intervención sean suficientemente altos como para ignorar las maniobras diplomáticas. Lo de “equilibrio” viene en tanto se necesita conjugar las pérdidas

potenciales de intereses concretos capitalistas con la oferta de una negociación concebida para minimizar el impacto “en abstracto” con el Imperio, algo similar al espíritu de la concesión “temporal” de Vietnam en 1954. El equilibrio consiste en cobrar espacio cediendo a cambio cabo para una negociación con términos de mutuo beneficio, como lo ha hecho Europa desde la implantación del Plan Marshall. Un escenario así lo puede admitir Estados Unidos solo en la medida que sea altamente problemático proceder a la intervención. La transición llega a término una vez que la diplomacia madura hasta el punto en que los intereses transnacionales tienen necesariamente que ajustarse a las nuevas reglas del juego, como les sucede, por ejemplo, con China. Venezuela se encuentra en la actualidad en el equilibrio mínimo en transición, hábilmente desempeñado durante el sabotaje petrolero de fines del 2002.

El punto de no retorno está en manos de la sociedad civil, la cual debe estar en movilización permanente. Si la movilización cede, la capacidad de negociación disminuye. Pero la movilización permanente es posible solo en la medida que el proceso de transformación se profundiza, de manera que, según este enfoque, la verdadera capacidad de respuesta de la revolución en los países de la periferia descansa en que efectivamente se lleve a cabo la revolución. Esto contradice de plano la actitud ecléctica de ceder espacios al imperialismo “antes” de alcanzar el punto de no retorno, lo que parece que está sucediendo en Ecuador. La estrategia ha de aplomarse en la intransigencia frente al FMI, frente al control imperialista de la política económica interna, “suavizando” esta intransigencia con propuestas concretas en el plano comercial. En el 2002 Venezuela decidió incrementar la producción de maíz a expensas de las importaciones del grano, que disminuyeron en un 60%, lo que hizo que Estados Unidos la demandara ante la OMC. La negociación transcurrió con la propuesta venezolana de elevar las importaciones en rubros no estratégicos, que el país no está en condiciones o en ánimo de producir. Evidentemente, los intereses de los cerealeros en Estados Unidos se ven afectados, pero al mismo tiempo otros intereses cobran terreno. En este punto se llega al “mutuo beneficio”. Otro tanto se observa con el petróleo: Estados Unidos, a partir de enero del 2003, ha perdido el control de PDVSA, pero el Estado le ha garantizado el suministro petrolero. La contradicción todavía no está resuelta, pero en el ínterin hay “equilibrio”. El juego estratégico comprende también las restantes potencias, pues en la medida que sean suscritos más convenios con Europa y Japón, la red de intereses se hace más compleja, lo que dificultaría ulteriores acciones unilaterales. América Latina

debe acercarse a la esfera del euro como una táctica para promover escudos, lo que de paso puede coadyuvar esfuerzos de intercambio bajo los lineamientos de la autonomización.

Entretanto, la necesidad de la constitución de los bloques emancipatorios es fundamental para lograr una capacidad de negociación con el suficiente peso específico que disipe el peligro de la intervención. América del Sur tiene todas las condiciones para avanzar en la dirección de una integración acelerada y profunda. Los acuerdos de complementación, el desarrollo equilibrado intersectorial e interzonal, la industrialización según las necesidades reales de la población, el tratamiento racional de la Amazonia, el arco andino y las cuencas del Cono Sur, son algunos de los elementos clave hacia una integración capaz de convertir la región en un bloque de poder popular sólido. Sin embargo, es iluso esperar que el proceso de integración se fomenta a partir de los Estados. Corresponde a los pueblos puestos en pie de movilización la posibilidad de avanzar en esa dirección. Ello implica sortear las complejas redes imperialistas tejidas en el continente mediante la política antinarcóticos y antiinsurgente, especialmente en Colombia. Pero esto no debe amilanar la voluntad revolucionaria ni de los pueblos ni de las vanguardias, pues la capacidad de movilización que se está demostrando en Brasil, Argentina, Bolivia, Perú, Ecuador, e incluso en Colombia, pueden disparar el proceso transformador con las banderas de la democracia participativa, hecho que Estados Unidos no puede contener, como se está demostrando en la práctica. La lucha antiimperialista está en la agenda de nuestros países, y habrá que librarla hasta el final para lograr la soberanía, el desarrollo y la dignidad que anhelan nuestros pueblos oprimidos.

Corolario

La tarea emancipatoria es crucial para la humanidad, no solo por las profundas contradicciones sociales que caracterizan la civilización contemporánea, sino por las serias implicaciones sobre todo el sistema biológico del planeta. Nos acercamos al momento crítico de la confrontación hombre-naturaleza, derivada de la descomunal evolución civilizatoria marcada por la confrontación hombre-hombre. Los pueblos de la zona dominada por los centros imperialistas tienen ante sí la opción de convertirse en la vanguardia de la transformación mundial, junto a los factores más progresistas de los países industriales.

La emancipación de la periferia equivale a provocar la ruptura necesaria con el sistema de acumulación del capitalismo monopolista, cuyas características entran brutalmente en contradicción con una vía humanista y racional para la búsqueda de soluciones a los problemas más acuciantes del hombre. Para el capitalismo mundial de hoy es inevitable la identificación con los poderosos intereses financieros, políticos y económicos de unas pocas oligarquías que apenas representan una fracción ínfima de la humanidad. La vorágine de la acumulación lleva paradójicamente a un atroz despilfarro de recursos gracias a la irresponsable especulación financiera, a estrategias corporativas que no incluyen en sus balances los enormes costos sociales y ecológicos derivados de una producción orientada al consumo masivo de un pequeño segmento formado por las clases medias industrializadas. El curso del “orden mundial”, bajo los designios del aparato imperialista, está demostrando la inviabilidad del liderazgo de la elite imperial, su irresponsabilidad y determinación por amparar los intereses privados del gran capital a costa de la destrucción de la humanidad.

La emancipación nos llevará a pensar en las salidas, las acciones, las medidas y políticas; a afinar el ingenio para hallar vías de liberación según cada caso y en cada coyuntura. Creo necesario volver al debate sobre las formas de colectivización, de democratización sin límites, en concordancia con un concepto de planificación social que emane de la gente, de las comunidades, de los trabajadores. Hablamos de una nueva manera de socialización del proceso de producción. Hablamos también de la urgencia por lograr un vínculo productivo entre sociedad civil y Estado en la esfera de la administración del excedente social, con objeto de racionalizar y democratizar las inversiones, poner la tecnología al servicio de las necesidades humanas en vez de las del capital, equilibrar desarrollo económico con las fuentes naturales, y pasar del capitalismo de la precariedad a las potencialidades de la economía de la democracia participativa.

Notas

- 1 Universidad de los Trabajadores de América Latina Emilio Maspero: “La pobreza y la distribución de los ingresos en América Latina”, 2003. “Decenio 80-90”, www.atal.org. Aplica la metodología del BM, que se basa exclusivamente en los ingresos monetarios. El PNUD contempla una metodología más exhaustiva, y toma criterios integrales para la definición de la pobreza.

- 2 Es notorio el análisis reduccionista del FMI: “Erróneamente se supone que las economías avanzadas crecen más rápidamente que los países en desarrollo. Esta suposición está contradicha por los datos estadísticos. Concretamente, el crecimiento de las economías avanzadas en el período 1984-1993 fue de 3,2% y en el período 1994-2003 de 2,8%. Las economías en desarrollo tuvieron un crecimiento, en esos períodos, de 5,1% y 5,2% respectivamente. Las economías de transición vieron un crecimiento de -1,4% y 1,3% respectivamente. Estos datos demuestran que no es cierta la afirmación de que cada vez más se amplía la brecha entre países ricos y países pobres”. (FMI: “Perspectivas de la economía mundial”, abril de 2002).
- 3 Por ejemplo, tamaño del mercado interno, distribución del ingreso, estructura de la balanza comercial, capacidad industrial instalada y ociosa, flujo de capitales, estructura del presupuesto, entre muchas otras.
- 4 FMI: Ob. cit.
- 5 La comprensión de este término, en el contexto de estas notas, alude concretamente al fenómeno mundial de la apertura y la liberalización. No asumo los aspectos positivos aparejados a la globalización como los medios de comunicación alternativos o las facilidades de contacto entre los pueblos.